

lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la truxo, y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dixo: miren vuestras mercedes con que cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mesmo que yo le quité, sin haber aña-

dido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora (o) no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciuelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trauce.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿QUE les parece á vuestras mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á

todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos (r) riesen, y dixo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de exâmen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaxe, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dixo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mesmo confirmó Cardenio, Don Fernando

y sus camaradas; y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donayres. ¡Válame Dios! dixo á esta sazón el barbero burlado; que es posible que tanta gente honrada diga, que esta no es bacía, sino yelmo? cosa parece esta, que puede poner en admiracion á toda una Universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he dicho, que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dixo el Cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quixote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dixo Don Quixote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que quanto

en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un Moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora (s) en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera

y

y clara noticia. Para aquellos que la tenían del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los quatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasajeros, que acaso habian llegado á la venta, que tenían parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido para que en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir, que esta sea albarda de

IV.

14

jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobrebarbero (1), si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez: pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me

(1) En las primeras ediciones, y en todas las que he visto, dice *el sobrebarbero*; pero se ha considerado ya como una de las muchas erratas de imprenta que se hallan en la primera, procedida de haber leído la *p* del original por *s*, y de haber formado una palabra sola de dos. Lo cierto es que la extraña é insignificante voz de *sobrebarbero*, como efecto de una combinación inadvertida, ni se lee en libros, ni en ningún vocabulario castellano; y que por otra parte el estilo y costumbre de Cervantes es aplicar el adjetivo *pobre* á las personas á quienes sucede algún contratiempo ó caso adverso. Y así dixo: *el pobre caído* (P. I. t. II, c. IV. p. 54, l. 27.): *el pobre apaleado* (p. 55, l. 19.): *el pobre difunto de Grisostomo* (c. XII. p. 159, l. 18.): *el pobre señor* (t. II, c. XV. p. 209, l. 4.): *á mi pobre padre* (t. IV. c. XLIV. p. 197, l. 16.) A este modo pues llamó *pobre* al *barbero*, viéndole desesperado, confuso, y apurado de paciencia, porque, á pesar de lo que veía y sabía, querían hacerle creer que la bacía era yelmo, y la albarda jaez de caballo.

he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual á esta sazón dixo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar, que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia: porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo; al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y quistion, lleno

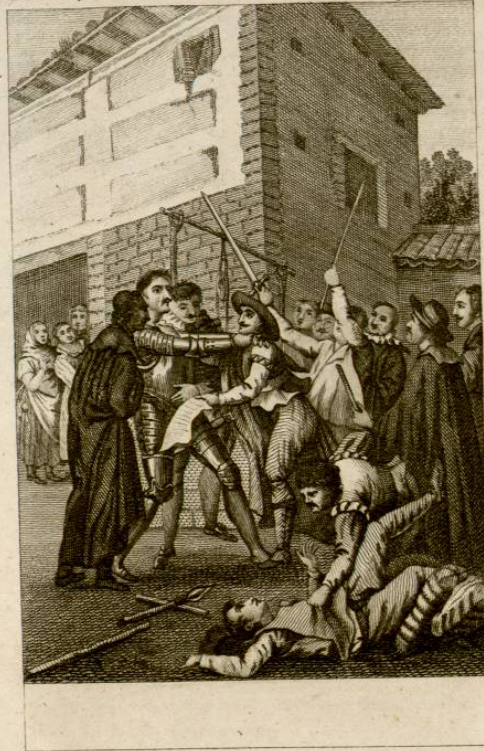
de cólera y de enfado, dixo : tan albarda es como mi padre , y el que otra cosa ha dicho , ó dixere , debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano , respondió Don Quixote , y alzando el lanzon , que nunca le dexaba de las manos , le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza , que á no desviarse el quadrillero , se le dexara allí tendido : el lanzon se hizo pedazos en el suelo , y los demas quadrilleros que viéron tratar mal á su compañero , alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero , que era de la quadrilla , entró al punto por su varilla y por su espada , y se puso al lado de sus compañeros : los criados de Don Luis rodearon á Don Luis , porque con el alboroto no se les fuese. El barbero viendo la casa revuelta , tornó á asir de su albarda , y lo mesmo hizo Sancho. Don Quixote puso mano á su espada , y arremetió á los quadrilleros , Don Luis daba voces á sus criados que le dexasen á él , y acorriesen á Don Quixote , y á Cardenio , y á Don Fernando , que todos favorecian á Don Quixote. El Cura daba voces , la ventera gritaba , su hija se afligia , Maritórnes lloraba , Dorothea estaba confusa , Luscinda suspensa ,

y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho , Sancho molia al barbero , Don Luis , a quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese , le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre , el Oidor le defendia. Don Fernando tenia debaxo de sus pies á un quadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor. El ventero tornó á reforzar la voz , pidiendo favor á la Santa Hermandad : de modo que toda la venta era llantos , voces , gritos , confusiones , temores , sobresaltos , desgracias , cuchilladas , mogicones , palos , coces y efusion de sangre : y en la mitad deste caos , máquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quixote , que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante , y así dixo con voz que atronaba la venta : ténganse todos , todos envaynen , todos se sosieguen , óiganme todos , si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon , y él prosiguió diciendo : ¿ no os dixen yo , señores , que este castillo era encantado , y que alguna region de demonios debe de habitar en él ? En confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos , como

se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pónganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros que no entendían el frásis de Don Quixote, y se veían mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegar: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los quatro criados de Don Luis tambien se estuviéron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba, que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el día

del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volviéron los criados de Don Luis á porfiarle, que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenía, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el Cura que debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin fué acordado, que Don Fernando dixese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determináron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dexalle hasta que ellos volviesen por él, ó viesse lo que su padre les ordenaba. Desta manera se

apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los quadrilleros se sosegáron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiráron de la pendencia, por parecerles que de qualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delinquentes, traia uno contra Don Quixote, á quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y po-



niéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apénas se hubo certificado, quando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la Santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad quanto el quadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quixote, el qual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al quadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dexara la vida ántes que Don Quixote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió

luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pependencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritónes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dixo viendo lo que pasaba: vive el señor, que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al quadrillero y á Don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Refase de oír decir estas razones Don Quixote, y con mucho sosiego dixo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los

menesterosos? ¡Á gente infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quien fué el ignorante, que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quien el que ignoró que son exêntos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus preemáticas su voluntad? ¿quien fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exênciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro exercicio de la caballería? ¿Que caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿que Castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar

el escote? ¿que Rey no le asentó á su mesa? ¿que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dexar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no

tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, si quiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse, á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ámbas partes quedaron, si no del todo contentas, aloménos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y xáquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa, y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces, ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que